



Poema a mis maestros internacionalistas

José Guillermo Hernández Alemán

A ustedes, arquitectos
de puentes invisibles,
forjadores de tratados y
acuerdos,
construyen mapas
en nuestras mentes y
despiertan fronteras en
nuestros sueños.

Maestros, faros en
océanos de letras,
sembradores de la paz
en tierra de conflicto,

nos enseñaron que la
diplomacia no es solo
un arte, sino un deber
sagrado, un eco perpetuo.

Nos hablaron de derechos
humanos y justicia, de
la fuerza de un río y el
alcance del mar, de cómo
una frontera puede unir o
dividir, de cómo un arancel
puede dañar o sanar.

Desde el aula, nos
enseñaron a negociar no
solo con palabras, sino
con el alma, a entender
que un acuerdo es más
que un papel, es la
promesa de un futuro en
calma.

Nos hablaron del peso de
un tratado, de cómo un
documento puede salvar
naciones, de cómo una

firma puede unir mundos,
y una voz puede valer por
millones de oraciones.

Nos enseñaron a leer entre
líneas, a ver más allá del
papel y el protocolo, a
ser la voz en mesas de
negociación, a ser la calma
en tiempos de aflicción.

A ustedes, que nos dieron
mapas y brújulas, que nos
mostraron que un agente
aduanal es también un

guardián de historias, y
que un negociador es un
tejedor de paz.

Nos enseñaron de guerras
comerciales, de zonas
económicas y mares
compartidos, de
derecho público y privado,
de diplomacia y asilos
concedidos.

Por cada lección que
fue un pacto, por cada
examen que fue un reto,

hoy extendemos nuestro
eterno agradecimiento,
por enseñarnos a ver el
mundo por completo.

Gracias, maestros, por
ser la voz y el eco, por
mostrarnos que, en la
arena internacional,
un internacionalista es
más que un título, es un
guardián del diálogo
universal.